



# Editorial

## El primer ciudadano nicaribeño

A partir de la incorporación de la Mosquitia al territorio nacional en 1894, Nicaragua creció no solo geográficamente en cuanto a extensión territorial y marítima, es decir, en recursos terrestres y acuáticos sino que incorporó también al patrimonio cultural de la nación los recursos espirituales de las diversas nacionalidades de dicho territorio, las cuales, desde entonces, paulatinamente han venido enriqueciendo el proceso de construcción de la actual identidad nicaragüense.

Cuando los chorotegas llegaron por primera vez al Centro y el Pacífico de Nicaragua (siglo viii d. C), ya los indígenas chibchas (miskitos, mayangnas y ramas, entre otros) tenían más de cuatro mil años de habitar el este del istmo (específicamente, lo que es ahora el Caribe nicaragüense). Esto es importante si tomamos en cuenta que los elementos culturales –lengua, música, arte, tradiciones orales– de los antepasado indígenas del Centro y el Pacífico de Nicaragua fueron, junto con sus portadores, reducidos criminalmente por la ensangrentada espada de la conquista y la celosa e inquisidora cruz de la colonia, descabezando así de su tradición cultural a sus descendientes: los actuales habitantes del este de Nicaragua.

En cambio, las insumisas nacionalidades indígenas de la costa caribe mantenían –y mantienen aún casi intactas– su milenaria cultura. Estas etnias indígenas del Atlántico, que enriquecidas luego por la llegada de los africanos cuyos descendientes afroamericanos sazonaron el caldo racial y cultural costeño, fue la providencial heredad que de cierta manera elevó a este país, en 1894, a la selecta categoría de países con cultura ancestral viva.

Y en el proceso de transmisión cultural del Caribe hacia el Pacífico, el cual se aceleró a partir de la lucha revolucionaria, jugó un papel impar –como elemento promotor activo– el poeta Carlos Rigby Moses quien ya desde la década de los sesentas, cual peregrino del arte caribeño recorrió, con su trombón, las aulas y plazas del Centro y Pacífico de Nicaragua, llevando su personal *performance* de música y poesía caribeñas a la juventud del este de Nicaragua, en un marco de solidaridad política costeña contraria a la dictadura. Y ya a partir de 1979, Rigby se convirtió, de tiempo completo, en el principal activista de esa transmisión concomitante a la cual él mismo llamó con entusiasmo “nicaribianidad”.

Este gran poeta nicaribeño escribió, y “neologizó” como muy pocos, en español. Y como Darío que trajo al verso castellano el ritmo y los temas de la poesía francesa, Carlos Rigby –salvando diferencias– llevó al español de Nicaragua ritmo, sabor, olor, cadencia, en fin, el son y el acento del arte kriol. Es en gran parte la deuda que el conjunto de la poesía nicaragüense debe a este poeta de quien el crítico de la cultura kriol, el norteamericano Thomas Wayne Edison, dice: “Carlos Rigby Moses pertenece, con Eulalia Bernard en Costa Rica, Joaquín Beleño en Panamá, Candelario Obeso en Colombia y Nicolás Guillén en Cuba, entre otros, a los grandes caribeños cuyas obras particularmente se enfocan en sus comunidades y motivos afrodescendientes”.

*Wani*, la revista del Caribe nicaragüense, con estas páginas dedicadas a la memoria de Carlos expresa sus condolencias al pueblo costeño, particularmente a sus hijos, Ioar y Aritz, y a su viuda Itziar Geralde a quien también agradecemos su concurso para la realización de este número (73) en honor del primer ciudadano de esta nueva nación que él denominó NICARIBE.

*Alvaro Rivas Gómez*

Editor Wani